

tertúlies literàries

reunió

Asesinos sin rostro de Henning Mankell



Dimarts, 22 de novembre de 2005
a les 19:30 hores



Ajuntament de L'Hospitalet



biblioteques de
l'Hospitalet
Tecla Sala

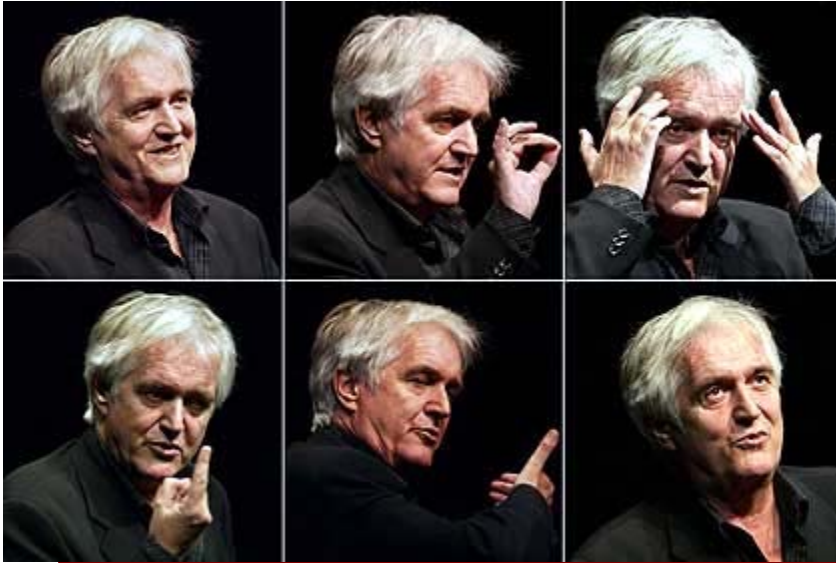


Diputació
Barcelona
xarxa de municipis
Àrea de Cultura
Servei de Biblioteques

**Biblioteca
Central
Tecla
Sala**

Av. Josep Tarradellas 44
08901 L'Hospitalet de
Llobregat
Tel. 93 260 24 84
Fax 93 260 24 85
<http://www.l-h.es/biblioteques>

Biblioteca Central Tecla Sala



Henning Mankell. EL AUTOR Y SU OBRA

Origen: Henning Mankell nació el 3 de febrero de 1948 en Estocolmo, capital de Suecia.

Familia: Está casado con Eva Bergman, la hija del director de teatro y de cine Ingmar Bergman, y tiene cuatro hijos de relaciones previas.

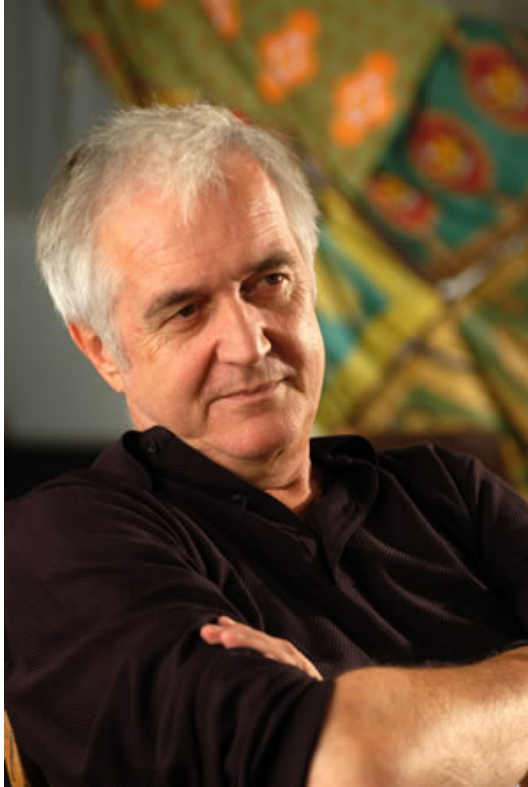
Su creación: El debut del inspector Wallander se produce en 1991, con la novela 'Asesinos sin rostro'. El apellido del policía lo cogió del listín telefónico.

Melómano: Mankell es un gran aficionado a la música, especialmente al jazz y a la ópera: «Me gustaría escribir como toca Charlie Parker», dice.

El detective que vino del frío

Por Sergio S. Olguín

Scania es el nombre de una región en el sur de Suecia famosa por ser la cuna de los camiones Scania. Desde comienzos de los '90, la región tiene otro motivo para enorgullecerse: es el territorio por el que suele moverse el inspector Kurt Wallander, de la comisaría de Ystad. Este policía duro, casi siempre deprimido, exitoso en su trabajo pero fracasado en gran parte de su vida, protagoniza la serie de novelas escritas por Henning Mankell. Como les ocurriera a otros autores de relatos policiales, el protagonista termina comiéndose al autor, a tal punto que la publicación en español de la séptima novela de Mankell, Pisando los talones, sea para sus seguidores, en verdad, "una de Wallander".



Es muy probable que Mankell no se queje del éxito inusitado de su hijo literario. Las novelas de la serie Wallander han sido traducidas a 30 lenguas y llevan vendidas ya 20 millones de ejemplares en el mundo. Aunque el propio Mankell intentó tomar distancia de su célebre personaje: “Sólo tenemos tres puntos en común: la edad, el gusto por la ópera italiana y que trabajamos muchísimo, pero dudo mucho de que hubiéramos podido ser amigos. Pero, precisamente, es mucho más fácil escribir sobre alguien a quien no amas”.

Hay algunos puntos más en común entre autor y personaje: altura mediana, pelo rubio, una obesidad incipiente, la parquedad y una casi exacerbada falta de sentido del humor. Mankell y Wallander son tipos serios. Otra coincidencia es el clima en el que Mankell creció y Wallander vive: frío, muy frío. “Mis primeros recuerdos son el frío –contó Mankell en un encuentro de escritores–; cada mañana tenía que soportar los

25 grados bajo cero para ir a la escuela. Vivía cerca de un río y cuando llegaba la primavera y el hielo se deshacía yo veía cocodrilos, aunque la gente decía que eran troncos de árboles. Hace dos años regresé y sigo viendo cocodrilos.”

Henning Mankell nació en Estocolmo en 1948 pero se crió en las ciudades de Sveg y Boras. Su madre abandonó la familia cuando él tenía tres años y no la volvió a ver hasta los quince. Su padre, que era juez, y su abuela paterna fueron los responsables de su educación. El padre le inculcó un ateísmo militante y la abuela lo alentó desde los seis años para que se convirtiera en escritor. A los 16 abandonó la escuela para dedicarse a sus dos pasiones: la literatura y los viajes. Sus primeros libros, aparecidos tempranamente en los '70 tuvieron una apreciable repercusión local, lo que le permitió publicar a buen ritmo novelas, teatro y obras para chicos.

El descubrimiento de África fue fundamental para Mankell: por fin el calor. Se mudó a ese continente y terminó recalando en Maputo, la capital de Mozambique, en compañía de su primera mujer, una enfermera noruega. El hombre de las tierras frías encontró en las arenas del sur africano un lugar donde desarrollar su teatro, tanto como autor, director y actor. A su vez, no dejó de escribir ficciones en las que se repetía como una letanía la crítica a la sociedad sueca (en particular) y a Europa en general: “Escriba lo que escriba –declaró–, quiero dejar patente mi opinión sobre lo que ocurre en nuestro mundo, porque hay muchas cosas que me horrorizan”. El éxito mundial le llegó con la publicación de *Asesinos sin rostro* en 1991, la primera de las novelas policíacas protagonizadas por Kurt Wallander. A ritmo de un libro por año, Mankell vio multiplicar su éxito en todo el mundo. Aprovechó su creciente fama

para denunciar la situación africana o para criticar la optimista visión europea de los '90. Su vida también se ha movido entre Maputo e Ystad, la pequeña población de Escania en la que transcurren sus novelas.

Hace unos años, Mankell compró acciones del diario progresista noruego Klassekampen para salvarlo de la quiebra y también ha donado a la Asociación de Autores Dramáticos de Suecia unos 150.000 dólares. No olvida que su carrera como dramaturgo comenzó en parte gracias a una beca de esa entidad. Por lo demás, Mankell no habla mucho de su vida privada. Padre de familia, se casó cuatro veces y su actual esposa es una de las hijas de Ingmar Bergman.

Ha llegado un inspector

Las 3000 páginas que ocupan las siete primeras novelas de la Serie Wallander son suficientes para pintar a este inspector de la comisaría de Ystad. En *Asesinos sin rostro*, que da comienzo a la saga, tiene 42 años, su mujer lo ha abandonado, su padre sufre de demencia senil y su hija vaga por el mundo con el precedente de un intento de suicidio a los quince años.

Wallander no es un héroe ni todo lo contrario. Es un policía que no suele andar armado y que sabe seguir la pista de un crimen con la insistencia de un sabueso. No investiga solo sino que cuenta con sus compañeros de la comisaría. El jefe, Björk, es un tipo bueno que tiende a dar la razón a Wallander. Los demás actúan como sus discípulos, salvo Rydberg, el único que es más viejo que él y que muere de cáncer antes de que termine la primera investigación. “Eran sus compañeros. Ninguno era un amigo del alma. Pero estaban unidos” (*Asesinos sin rostro*).

Su vida como policía ocupa todos los momentos del día (una razón fundamental para que lo haya abandonado su mujer). Puede pasarse todo el día en la comisaría o investigando. A pesar de estar varios años con los mismos compañeros es poco lo que sabe de ellos. Al punto que recién se entera de que uno de sus policías es homosexual cuando es asesinado (*Pisando los talones*). La única particularidad de Wallander que suena extraña es su amor por la ópera. Aunque tal vez los policías suecos sean así. Por lo demás, no se aleja mucho del investigador típico de las novelas del policial negro: bebe mucho, duerme poco, come mal y cada investigación se vuelve un peligro para su vida. Sufre horrores los abandonos de su esposa y de su hija y no tiene mucha suerte con las mujeres. Sus aventuras amorosas suelen perderse en la nada, aunque en *Los perros de Riga* conoce a la viuda de un policía letón que lo hará sentirse enamorado durante las cinco novelas siguientes.

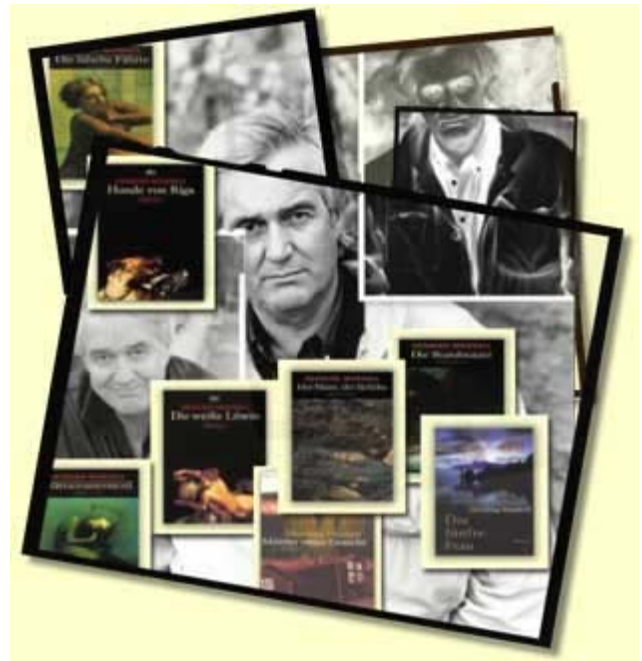
Una de las características de la Serie Wallander, a diferencia de otras sagas policiales, es que tanto el protagonista como los personajes secundarios van transformándose con el paso del tiempo. El padre senil de las dos primeras novelas recupera su cordura y se casa en *La leona blanca*, se amiga con su hijo en *La falsa pista* y fallece en *La quinta mujer*. Lo mismo ocurre con la hija, con sus compañeros, incluso familiares de

víctimas de un crimen reaparecen en otras novelas (como ocurre con un martillero de *La leona blanca*, que aparece ejerciendo su oficio en *Pisando los talones*). Los policías de Mankell son seres grises. Uno de ellos, Martinson, milita en el Partido Liberal. Otros se excusan con una gripe para no investigar un crimen. Todos detestan a los periodistas entrometidos y se sorprenden ante cada crimen. No pueden creer que eso les suceda a ellos, en su pueblito de Ystad.

Wallander envejece de novela a novela. El alcohol, la soledad y una incipiente diabetes hacen lo suyo. En *La leona blanca* pide la baja como policía pero vuelve al ruedo en *El hombre sonriente*. Su pensamiento es conservador. El también mira con asombro cómo la violencia de las grandes ciudades llega multiplicada a su pequeño pueblo. Si bien es un policía que triunfa en sus casos, es muy común que siga líneas de investigación equivocadas. Es torpe y malhumorado. Odia el fútbol y apuesta en contra de Suecia durante el Mundial '94 (*La falsa pista*); no sonríe nunca, no grita. Si en vez de haber elegido el oficio de policía hubiera sido un desocupado, podría ser un personaje de Raymond Carver. O un empleado público de Kafka. O un escritor de Peter Handke. Pero resolver crímenes es su trabajo. "Hay un tiempo para vivir y un tiempo para estar muerto." Ésa es su máxima.

Europa, Europa

"Soy un escritor político. Utilizo el acto criminal como un espejo para examinar la sociedad", declaró Mankell en una oportunidad. La visión crítica de la sociedad, el develamiento de la corrupción social, es una parte intrínseca del policial negro. De Hammet a Vázquez Montalbán, los autores de policiales al estilo norteamericano han sabido poner en relieve todo lo que se esconde en la sociedad capitalista. La gran virtud de Mankell es la de ser el autor en el momento justo y en el lugar indicado para sacar a la luz una Europa en transformación. Suecia siempre fue vista como un referente de las virtudes del espíritu democrático europeo y Europa ha vivido en la última década el mito de la unión y la paz social. Pero Mankell no está de acuerdo. *Asesinos sin rostro* comienza con un crimen contra una pareja de ancianos. A medida que avanza la investigación se descubre una trama que viaja hacia el pasado (la alianza de algunos suecos con el nazismo alemán) y hacia un presente donde la xenofobia crece día a día. Una xenofobia que se repite en otros libros con referencia a refugiados y emigrados como ocurre en *La falsa pista*.



Alguna vez Mankell comparó sus novelas con un barco que se va adentrando lentamente en los bajos fondos de la sociedad sueca. La imagen pinta perfectamente el método utilizado en sus historias. Cada libro se abre con el descubrimiento de un crimen (a veces, precedido por un capítulo de contexto histórico). De a poco, ese crimen deja al descubierto una realidad más perturbadora.

Tal vez haya que buscar el origen de la descomposición del mundo escandinavo en 1986, con el asesinato del premier sueco Olof Palme. Mankell acompaña con sus novelas los grandes cambios sociales de los años siguientes, la triunfalista década del 90. El fin de la tolerancia burguesa sueca y el crecimiento de la ultraderecha (*Asesinos sin rostro*), la caída de la Unión Soviética (*Los perros de Riga*), la aparición en libertad de Nelson Mandela (*La leona blanca*), la corrupción de los empresarios exitosos (*El hombre sonriente*), la marginación de los extranjeros y la alienación juvenil (*La falsa pista*), la social-democracia y el sistema de justicia (*La quinta mujer*), el fracaso del modelo sueco (*Pisando los talones*), la utilización de la informática para cometer delitos (*Cortafuegos*).

El resultado no es sólo la serie de un inspector de policía sino una “comedia humana” al mejor estilo Balzac: un fresco de época donde conviven los acontecimientos sociales con la vida privada de cada uno. De la misma manera que un forense descubre en un cadáver datos sobre los últimos momentos de una víctima, Mankell hace que cada uno de sus muertos permita descubrir los datos de su tiempo. La Unión Soviética se cae, dos cadáveres anónimos flotan en el Báltico. Y un hecho está relacionado con el otro. Mankell nos muestra el grado de responsabilidad de la sociedad en cada crimen y, por añadidura, en la investigación exitosa, fracasada o trabada de ese crimen.

Si algo se le puede reprochar a Mankell es que en varias de sus novelas (*La leona blanca*, *La falsa pista*, *Pisando los talones*) no sabe parar. Mankell es un excelente narrador pero carece de ese sentido que le indica al escritor cortar, achicar, disminuir. Esas novelas se tornan extendidas y si el interés no decae se debe a lo cómodo que nos hace sentir el universo de Wallander y a la perplejidad que despiertan los crímenes investigados. Pero sobran páginas, a veces demasiadas. Aunque los fanáticos de la saga deben agradecer la extensión de estas historias porque apenas son solamente nueve los libros. El último, *Pirámide* (1999), es un conjunto de cuentos que transcurren antes de *Asesinos sin rostro*. Con el fin de los '90, Wallander parecía haber llegado a su fin. O al menos a su jubilación. Pero es una verdad a medias. En *Cortafuegos*, su hija Linda le anunciaba su intención de convertirse en policía. En 2002 apareció Innan Frosten (*Antes de la helada*), una nueva novela policial de Mankell pero protagonizada por Linda, que recibe la ayuda de su experimentado padre. La serie cuenta ahora con una policía joven con una visión de la realidad muy distinta a la mirada conservadora del viejo Kurt.

Como era esperable, las adaptaciones en televisión y cine no se hicieron esperar. En Suecia ya se hicieron versiones de todos los libros. El año que viene, Paul Verhoeven

piensa llevar a la pantalla Pisando los talones, con lo que Kurt Wallander hará su entrada en el universo de Hollywood. Un mundo tan lejano y distinto al del pueblo de Ystad que seguramente inspirará a Mankell algún caso para que lo resuelva Wallander. El padre o la hija.

RadarLibros, <<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-1340-2004-12-05.html>>

RESEÑAS

Asesinos Sin Rostro

por Pedro Jorge Romero

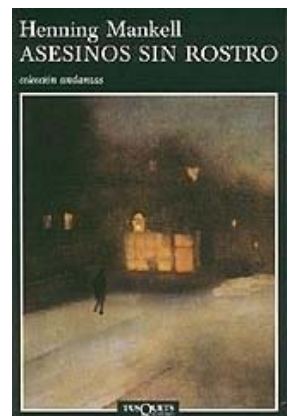
El asesinato es un acto social. Un acto terrible que exige la interacción de al menos dos personas: víctima y asesino. El cuadro se completa añadiendo un tercer elemento: el detective, que debe descubrir la verdad y restaurar el orden. Quizá por esa razón, la novela negra deriva con tanta facilidad hacia el comentario social. Un asesinato y su investigación ofrecen una oportunidad única para estudiar los modos y uso de la sociedad en curso.

Se puede pensar en el detective clásico que investigaba asesinatos casi, digamos, cordiales. En una novela de Agatha Christie se asesinaba conservando en todo momento las reglas del decoro. Por lo general, no había ensañamiento más allá de lo estrictamente necesario para causar la muerte. Incluso en *Asesinato en el Orient Express*, el ensañamiento tenía precisamente como propósito cumplir un ritual social.

Y la existencia de esos rituales permitía al detective resolver el crimen. Ante un asesinato se empezaba tirando de familiares y conocidos, explorando la malla de motivos y oportunidades, buscando a aquellos, que por lógica, más se beneficiarían de la muerte. Los asesinatos, simplemente, no se producían en vacío.

Pero los tiempos cambian, y llegan nuevas formas de asesinar. Y a dos de ellas se enfrenta Kurt Wallander, policía de los de antes, recién separado, al que su hija no le habla, nada más iniciarse *Asesinos sin rostro*, un policía viejo en un mundo nuevo. Son crímenes horrendos, como todos, pero de un horror acentuado por lo que tienen de arbitrarios, de ilógicos, de mecánicos, de salvajes.

El primero implica a una pareja de ancianos del campo de Suecia que es torturada y asesinada salvajemente. Parece que no hay motivo y el asesino, en un detalle estremecedor, tuvo la sangre fría de alimentar al caballo. Para complicar más aún la



situación, la única pista es la palabra pronunciada por la mujer antes de morir: "extranjero".

Y de un singular a un plural no hay más que un paso. De un "extranjero" asesino a "todos los extranjeros" son asesinos sólo media un abismo lógico que muchos están dispuestos a saltar sin problemas. Nace así el segundo crimen, en el que el orden social se desmorona dejando paso a la xenofobia más radical.

El racismo, la xenofobia, e incluso el fascismo con su mecanización de la muerte, son los temas de esta novela. Narrada con convicción y habilidad, va desgranando las diversas vueltas de esta investigación doble, llena de callejones sin salida, donde la intuición más que la lógica parece ser aliada fiel del detective.

En esta novela de tantos personajes, uno destaca especialmente. Se trata de Rydberg, un detective particularmente minucioso, protagonista de algunas de las mejores escenas, que no deja que los sentimientos le cieguen ante la realidad que tiene ante los ojos. Es un hombre que simplemente no cae ni en un extremo ni en el otro.

El personaje protagonista, Kart Wallander, sostiene toda la narración y es realmente su problemática personal lo que impulsa la novela. Enfrentado a unos crímenes que no entiende y con una vida personal desbaratada, es su lucha por resolver esos dos aspectos lo que mantiene la atención del lector. Al final, la recompensa no está tanto en la resolución de los crímenes, como en comprobar la reacción del policía ante el mundo nuevo que descubrió al entrar por primera vez en aquella habitación salpicada de sangre por todas partes.

Asesinos Sin rostro es una novela ágil y efectiva, apasionante en la interacción de los personajes (porque realmente acción física hay muy poca), que no vacila en reflexionar sobre los cambios sociales de su país de origen y, por extensión, en el resto de Europa. El mundo simplemente cambia, y las formas de matar también, pero un asesinato sigue siendo un asesinato.

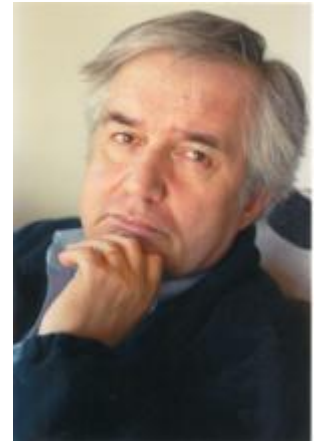
El archivo de Nessus: <http://www.archivodenessus.com/rese/0298/>

Wallander se busca a sí mismo

por Fernando Baeta

Un macabro doble asesinato. Un inspector que no atraviesa su mejor momento personal. Un país que vive momentáneamente convulsionado por el problema de la inmigración. Unos personajes que no son lo que parecen. Unos asesinos que no tienen identidad. Y frío, mucho frío.

Henning Mankell llegó a España el pasado año de la mano de *'La quinta mujer'*, su última obra, y ahora vuelve con *Asesinos sin rostro*, la presentación en sociedad del inspector Kurt Wallander y la novela que le sacó del anonimato. Ya en su primer trabajo dejaba entrever que no iba a estar de paso en el mundo de la literatura, que llegaba para quedarse.



'Asesinos sin rostro' es una obra redonda. Un matrimonio de ancianos es cruelmente asesinado por unos desconocidos. "Extranjero", es la última palabra que dice la mujer antes de expirar. Así arranca la historia. Kurt Wallander, el antihéroe, un policía que ya tiene un lugar entre los grandes investigadores que ha dado la literatura, empieza su trabajo entre un país -Suecia- que vive presa de demasiados prejuicios raciales ante la oleada de inmigrantes que llegan al país, y una existencia -la suya propia- envuelta en demasiados problemas como para que no se mezcle, confunda y distraiga con la investigación de las dos muertes.

Muy pronto Wallander averigua que el muerto no es lo que parece y que sus hijos desconocen partes fundamentales de la biografía de su padre. Además, empiezan a arder casas de inmigrantes y a matar al primer extranjero que pase por delante de la escopeta de alguien que tiene demasiadas ganas de disparar. Pero el inspector también tiene lo suyo: una esposa que le abandonó, una hija que parece no querer saber nada de él, un padre que está al borde de la demencia senil, un tipo que no para de llamarle por la noche para decir que se le está acabando el tiempo, una soledad que le empieza a pesar como una losa y una mirada que día a día se le pierde más y más en el infinito, quizás porque nunca hasta entonces había tenido la necesidad de buscarse a sí mismo.

Es esta una novela que va más allá de los policías y los ladrones; donde los asesinos, en sí, no son importantes; donde lo esencial hay que buscarlo en el caldo de cultivo donde han ido alimentándose estos asesinos, lo que Sciascia denominaba el contexto: el de Kurt Wallander y el de su país. Al policía cada vez le gusta menos su vida pero menos aún la que está empezando a vislumbrar en muchos de sus compatriotas, donde la llama de la xenofobia y el racismo parece haber encontrado un pequeño y peligroso reducto.

Elmundolibro.com:<<http://www.el-mundo.es/elmundolibro/2001/03/12/anticuario/984141553.html>>

OTROS LIBROS DE HENNING MANKELL QUE PODEMOS ENCONTRAR EN LA BIBLIOTECA

- ♦ *Amb l'alè al clatell.* Tusquets, 2004 N Man
- ♦ *Cortafuegos.* Tusquets, 2004 N Man
- ♦ *El gos que corria cap a un estel.* Columna, 2005 JN Man
- ♦ *El hombre sonriente.* Tusquets, 2003 N Man
- ♦ *El niño que dormía con nieve en la cama.* Siruela, 2003 JN Man
- ♦ *El perro que corría hacía una estrella.* Siruela, 2002 JN Man
- ♦ *El tallafoc.* Tusquets, 2005 N Man
- ♦ *La falsa pista.* Tusquets, 2001 N Man
- ♦ *La leona blanca.* Tusquets, 2005 N Man
- ♦ *La lleona blanca.* Tusquets, 2003 N Man
- ♦ *La pirámide.* Tusquets, 2005 N Man
- ♦ *La quinta mujer.* Tusquets, 2005 N Man
- ♦ *Las sombras crecen al atardecer.* Siruela, 2002 JN Man
- ♦ *Los perros de Riga .* Tusquets, 2002 N Man
- ♦ *Pisando los talones.* Tusquets, 2004 N Man
- ♦ *Viaje al fin del mundo.* Siruela, 2004 JN Man



Henning Mankell

Estocolmo-Maputo-el mundo

Se lo conoce por matar en ambientes fríos, pero es feliz sobre las recalentadas tablas escénicas de una ciudad mozambiqueña. Su inspector policial se lleva la popularidad, mientras él se concentra en sacar a África del pozo de la indiferencia con fábulas infantiles que disparan al corazón adulto. "Cortafuegos" (Tusquets) es el último quebradero de cabeza de su estresado Wallander. texto ANTONIO LOZANO fotos MARA LETHEM

Define la bipolaridad entre el Henning Mankell público y el privado el hecho de que, con veinticinco millones de lectores, viva gran parte del año en un lugar donde el 75 por ciento de la población no puede leerlo. "En Maputo nadie sabe quién soy, llevo una existencia completamente anónima que me hace muy feliz. Y, cuando estoy en Europa, no me gusta llamar la atención; evito en lo posible participar en actos públicos y acudir a fiestas." A pesar de su resquemor hacia el Viejo Continente, su exitoso ciclo policiaco es de los ejemplos más palmarios de que, en términos de integración europea, la literatura supone la avanzadilla de la política. La pasión que pone al hablar de África, donde dirige una compañía dramática mozambiqueña ("ahí el único libro importante es el que te enseña el abecedario, de aquí la necesidad del teatro como vehículo comunicativo") y que sirve de escenario a sus libros infantiles entre el didactismo y la denuncia, combinada con la desgana con que aborda su dedicación a la novela policiaca, desbrozan lo que es recompensa de lo que es pasatiempo, pervirtiendo el orden de su reconocimiento popular. Es el resultado de la perplejidad que le produce asistir al sinsentido de que su inspector Wallander reciba correspondencia de

sus admiradores, mientras África permanece como un malentendido al que se deja que arrastre la corriente. El género negro es para él una simple metáfora para hurgar en sus estremecedores referentes reales: los instintos oscuros del ser humano y los cánceres sociales, de aquí que se considere un relevista en la carrera de obstáculos que arranca en los trágicos griegos. En la sede de su editorial barcelonesa, Mankell neutraliza su fama de huraño con concentración y labia. Sin embargo, el cansancio, un resfriado y las frecuentes miradas al reloj traslucen, a ráfagas, una sutil incomodidad.

¿Cuál es su primer recuerdo relacionado con la escritura?

Una de mis abuelas me enseñó a escribir. Aún me acuerdo de esa sensación de milagro que se producía ante mis ojos al ver juntarse las palabras hasta construir frases y cómo estas acababan conformando una historia.

¿Ya de tan pequeño vio claro su futuro?

Creo que nunca he tenido otra intención en mi vida que la de contar historias. Por supuesto que, por aquel entonces, no conocía el alcance ni las implicaciones de este deseo, pe-

Henning Mankell
CORTAFUEGOS



Cortafuegos
Un hombre que gozaba de una salud perfecta aparece muerto frente a un cajero. Dos adolescentes asesinan a un taxista. Mientras, Wallander se enfrenta a una acusación de brutalidad policial y busca compañía femenina en los anuncios de contactos.
Henning Mankell

ro nunca soñé con otra cosa, ni siquiera con ideas tan recurrentes como pilotar un avión. Tuve la infancia más normal que te puedas imaginar; hice todo lo que le corresponde a un niño. Solo después he oído comentar que, en ocasiones, irradiaba la sensación de no estar del todo ahí, quizás porque en un rincón muy profundo de mi ser sabía que otra forma de vida era posible.

¿Y dónde tenía la cabeza?

En África. Para mi imaginación era el colmo del exotismo. Me crié en el norte de Suecia, donde te aseguro que no hay ni rastro de cocodrilos, pero vivía cerca del río y me gustaba imaginar que los troncos que flotaban sobre él lo eran. Influenciado por personajes como Livingstone y Stanley, en mis sueños convertí aquellas frías aguas en mi propio río Congo.

¿Contribuyeron en algo las lecturas de Conrad o Ryder Haggard?

Eso llegó bastante después.

Y un buen día se personó en su sueño.

Tenía 21 años cuando decidí que era hora de abrirme a nuevas perspectivas, de abandonar mis referentes cotidianos, en parte como alimento que estimulara mi condición de incipiente escritor. Quería acercarme al modus

vivendi de esas personas que subsisten con una parte infinitesimal del dinero, el agua o la electricidad de la que se disfruta en mi Estocolmo natal. Y ahí estaba África.

¿Qué encontró en ella?

Por el lado positivo, una posibilidad de convertirme en un ser humano mejor y en un europeo más concienciado. Por el negativo, sobrados motivos para indignarme.

Empecemos por lo primero.

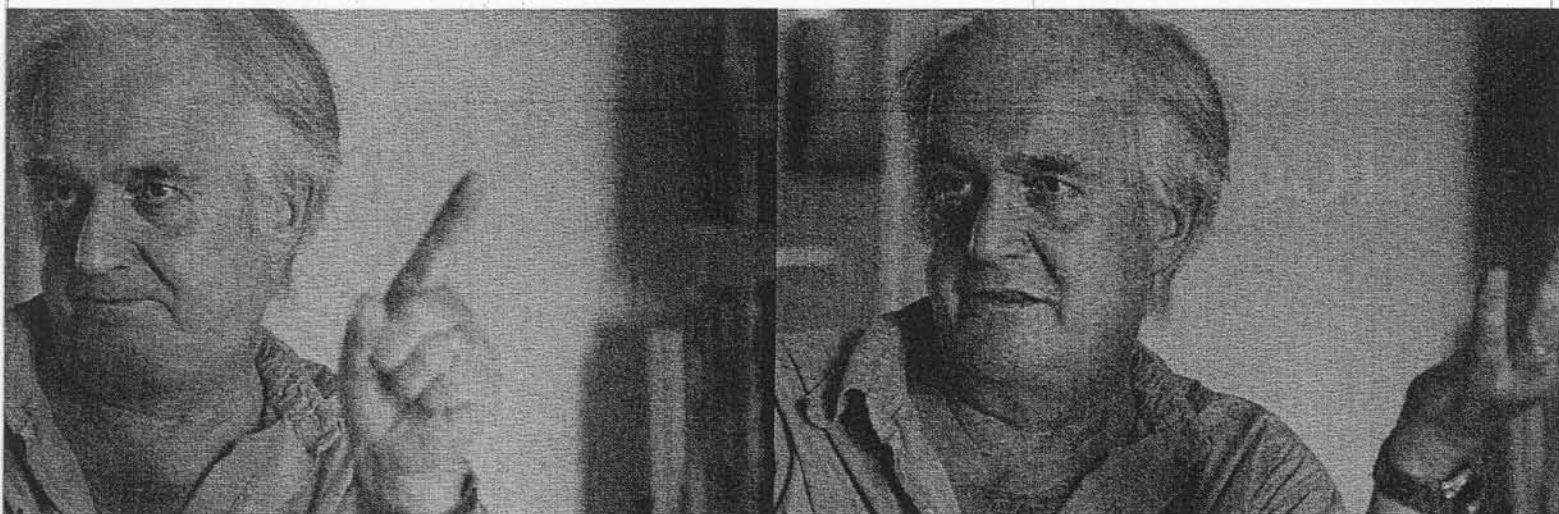
He aprendido una barbaridad acerca de la condición humana, de lo que significa ser persona, de lo que supone vivir con otra concepción del tiempo, así como a apreciar el valor de multitud de cosas que en Occi-

de 54 países, en 48 de los cuales reina la paz más absoluta. Es cierto que existen conflictos grandes y pequeños, pero generalizar afirmando que todo el continente está inmerso en una cruenta guerra civil es una infamia. Te voy a dar otro ejemplo escandaloso. A muchos cabezas de Estado de todo el mundo se les llena la boca afirmando que han concedido astronómicas sumas de dinero a este continente corrupto. Pues bien, veamos cuánto: desde que en 1989 cayó el Muro de Berlín hasta la actualidad, los alemanes occidentales han invertido más dinero en sus vecinos orientales que el conjunto de Europa en África. A esto me refiero.

Aunque no estemos muriendo de esta enfermedad, como seres humanos hemos de empezar a asumir que nos enfrentamos a un problema que también nos concierne.

También apadrina un proyecto cuyo objetivo es que los infectados por el virus se animen a escribir sus memorias.

Muchos de los muertos de sida eran padres muy jóvenes que han dejado a su descendencia huérfana también de su propia historia y de sus raíces. Si animas a los enfermos a explicar sus experiencias, te aseguras de que su recuerdo perdure en sus hijos. ¿Cómo puedes forjar tu identidad si desconoces el trayecto de tus mayores?



“África me ha convertido en un ser humano mejor y en un europeo más concienciado.”

dente hemos perdido. Te daré un ejemplo: los occidentales siempre estamos mirando hacia el futuro, nos decimos: “Mañana me compraré esto”, “el año que viene me casaré o me divorciaré”... Somos todo proyectos, proyectos, proyectos. En África ocurre lo mismo, pero con una diferencia sustancial, mientras nosotros hemos abandonado nuestra historia y nuestro pasado, ellos miran hacia delante sin olvidarse de su bagaje. Si una comunidad decide cambiar de poblado, desentierra los huesos de sus antepasados para llevárselos consigo, algo que nosotros jamás haríamos. El recuerdo se atesora. Pero aquí preferimos olvidar, lo que me parece un tremendo error. ¿A cuántos jóvenes españoles no les importa un pimiento la figura de Franco?

Algo tendremos en común...

El sentido del humor. No hace mucho estuve en un pueblecito de Mozambique en el que nunca había entrado un televisor y en el que nadie conocía lo que era una película. Les pasamos un film de Chaplin, de quien jamás habían oído hablar, y comenzaron a reír inmediatamente.

En África también se vive

¿Qué hay de los motivos para indignarse?

Hace escasos días me topé una vez más con el siguiente comentario en la prensa: “África es un continente devastado por las guerras”. A día de hoy, África se compone

Un descomunal malentendido.

La imagen del continente destilada por los medios de comunicación continúa siendo de una parcialidad vergonzosa. Es evidente que la prensa y la televisión saben cómo está muriendo África, pero parece que no tienen ni idea de cómo vive. Por supuesto que existen cantidad de problemas, pero también hay mucho más; sus gentes son productivas, creativas y soñadoras, se están forjando un futuro mejor. Yo intento sacar a la superficie estas historias ocultas.

Y no descuida los asuntos de mayor gravedad. Sin ir más lejos, su último libro infantil, *Yo muero, pero el recuerdo sigue vivo* —todavía inédito en España—, es una fábula sobre el sida.

Con frecuencia me asusta pensar que los occidentales no tienen ni la más remota idea de lo que está ocurriendo en África con el tema del sida, así que decidí que tenía que hacer lo que estuviera en mi mano para ayudar a abrir los ojos y por ello escribí este libro. No pienso cejar ni un ápice en este activo proceso de concienciación sobre el sida, ya sea escribiendo o dando charlas.

Resúmame un día corriente en Maputo.

Por lo general, dedico las mañanas a escribir y las tardes a mis labores teatrales. Me acerco al teatro Avenida a eso de las 14.00 horas. En el caso de que haya una representación nocturna, ensayamos unas cuatro horas. Si no, nos podemos quedar hasta las 20.00 o las 21.00 horas. Mi vida no tiene ninguna carga dramática.

¿De qué manera se han beneficiado sus novelas de su faceta como autor y director teatral?

Al ver actuar a mi compañía, he aprendido muchísimo sobre cómo desarrollar una trama, construir diálogos y conferir pulsión dramática a un libro. Nunca he sido actor, no solo por carecer del talento necesario, sino porque me parece un trabajo difícilísimo; siento un respeto enorme por la profesión. Por otro lado, considero que escribir una obra de teatro difiere completamente de escribir una novela. Esta última requiere que lo viertas todo, mientras que la pieza dramática te exige contención, ya que debes procurar abrir espacios para los actores, dejarlos insuflar vida a los personajes. De lo contrario, te dirán que, para recitar, te busques a otro.

¿Qué andaba buscando cuando se decidió a escribir género negro?

Nunca pretendí escribir una novela criminal per se, sino tomarla como vehículo para hablar de la sociedad, de mi tiempo, de mi vida. Siempre me ha acompañado la fijación de que las historias han de tener un vínculo muy potente con la realidad. De pequeño escribía por imitación, como todo el mundo. Pero, en cuanto tuve autonomía creativa, vi la necesidad de tender puentes con la vida cotidiana y me he mantenido fiel a esta idea.

¿Dónde germinan los casos que llevan de cabeza a Wallander?

bres. Nunca he dejado de pensar que estoy ante un ser imaginario; jamás he padecido una alucinación que me haga creer que me cruzo con él por la calle; de hecho, ni siquiera ha penetrado en mis sueños. Tampoco he sentido celos a lo Conan Doyle. Solo pienso en Wallander mientras estoy escribiendo sobre él. Fuera de la página, lo olvido por completo.

Acabar con falsas impresiones

En Cortafuegos notamos a Wallander muy achacoso y quemado por su profesión. ¿Ha comenzado a buscarle planes de pensiones?

En el caso de que contemple las leyes suecas, podría jubilarse a los 62 años pero con una penalización económica, por lo que lo más probable es que trabaje hasta los 65, es decir, hasta el 2014, para garantizarse la pensión completa. No le quedan muchos libros; creo que he dicho casi todo lo que tenía que decir sobre él, pero aún no he decidido lo que pienso hacer con el personaje. En el 2006 se publicará en España la última novela que he escrito sobre Wallander, *Inan*

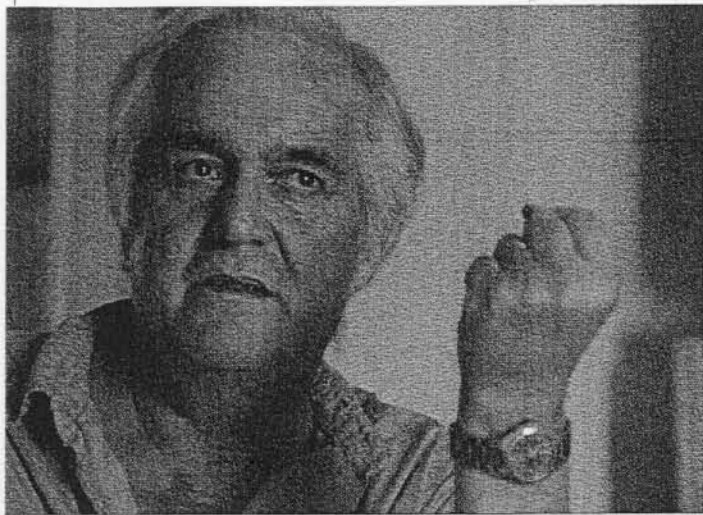
No dependemos de las aspiraciones del otro, lo que nos otorga mucha libertad.

¿Por qué lo quieren tanto?

Supongo que simplemente porque me dedico a escribir sobre temas que interesan a la gente. Mis personajes son normales y corrientes. Wallander, sin ir más lejos, tiene diabetes, lo que lo convierte en un héroe muy humano y reconocible. Si existen otros motivos fuera de este, no puedo explicármelo. También cabe la posibilidad de que, después de todo, mis novelas sean buenas.

¿Alguna molestia ligada con la fama?

Ha habido situaciones incómodas con algún lunático. Me he visto forzado a lidiar con el acoso de más de un adorador fanático y obsesivo de Wallander, pero nada que haya tenido que lamentar. ■



“No guardo la más mínima relación con Wallander. Él es de ficción; yo, de carne y hueso.”

Todo lo que escribo arranca con una pregunta, con algo que desconozco y acerca de lo cual quiero saber más. Acto seguido empieza el proceso de preparación y, cuando ya tengo muy clara la historia, me siento a escribirla.

¿No deja espacio para la improvisación?

Seguro que a nadie le gustaría reunir a unos amigos para cenar en casa y, tras requerir su atención, comenzar a explicarles una historia que no sabe cómo acabará. Siempre conozco al detalle el desarrollo de la novela, hasta el extremo de que en ocasiones comienzo por escribir el desenlace. Para mí sería un desafío dar el nombre del asesino en la primera página y mantener el interés del lector en las siguientes cuatrocientas explicando el porqué de sus actos. Si tienes una buena historia entre manos, existen mil maneras distintas de explicarla.

¿Se sorprende imitando aspectos de la personalidad o del comportamiento de su sabueso?

No guardo la más mínima relación con Wallander. Él es una criatura de ficción y yo, un hombre de carne y hueso. En ningún momento me miro en el espejo para construir su personalidad y sus costum-

“frozen” (“Antes de la helada”), aparecida en mi país en el 2002. En esta obra, su hija Linda lo ayuda en una investigación mientras se prepara para entrar en el cuerpo policial de Ystad. Hablar de si efectivamente va a recoger el testigo policial de su padre resulta, en este preciso momento, una mera especulación. Puede que esta sea su primera y última aparición, o puede que protagonice varios títulos.

¿Algún sector de sus compatriotas lo mira con suspicacia por enturbiar la idealización de que goza la sociedad sueca fuera de sus fronteras?

Todo lo contrario, incluso el primer ministro sueco se ha declarado fan de mis libros. Mucha gente agradece que les abra los ojos al hecho de que mi país es igual que cualquier otro y acabe con sus falsas impresiones.

¿Qué novelistas de género negro le interesan?

Apenas leo novelas de crímenes.

¿Estar casado con una directora teatral genera corrientes creativas bilaterales?

Somos muy críticos con nuestros respectivos trabajos, sobre los que tenemos mucho que discutir, pero a título personal lo más importante es que ella tiene su sueño y yo, el mío.

MUY PERSONAL

Intimidad: Nacido en Estocolmo hace 56 años, está casado en cuartas nupcias con Eva Bergman, hija del gran Ingmar y directora del Backa Teater de Göteborg, con la que ha colaborado en varios montajes teatrales que han representado sus respectivas compañías. Tiene tres hijos de sus anteriores matrimonios y reparte su tiempo entre Mozambique y Suecia.

Altruismo: Es embajador de la Unesco. Su labor se encamina a velar por los derechos de los jóvenes y “consiste, en parte, en inspirarlos para que cuenten historias”.

Fotogramas: Las vicisitudes de Wallander han tenido una segunda oportunidad en diversas películas, en telefilms e incluso en una serie de televisión, todos ellos de producción y distribución básicamente escandinavas. El holandés Paul Verhoeven (*Instinto básico*) tiene previsto adaptar *Pisando los talones* con capital norteamericano.

Lo próximo: En el 2005, Tusquets publicará *La pirámide*, una colección de cinco historias cortas que Mankell escribió después de *Cortafuegos* pero que cronológicamente se sitúan antes de arrancar la serie, entre 1979 y 1989. Es una ofrenda a los mitómanos, en la que veremos como Wallander se enfrentó a su primer caso y de qué pie cojeaba antes de conocer a su esposa Mona. En el 2006 llegará *Inan frozen* (“Antes de la helada”), última entrega hasta el momento de las pesquisas del inspector en la que, ayudado por su hija que está haciendo méritos para incorporarse al cuerpo, investiga el suicidio masivo de una secta religiosa.

La duda: ¿Veremos traducida algún día *Danslärarens återkomst* (“El retorno del maestro de danza”), novela de crímenes de trasfondo neonazi en la que Mankell creó, en el 2000, al joven oficial de Policía Stefan Lindman? Y aún más, ¿tendrá continuidad este personaje?

La declaración: “Encuentro mucho más complejo escribir para los jóvenes, ya que es un público muy exigente, que no tiene remilgos en abandonar a las primeras de cambio un texto que no lo seduce. Al mismo tiempo, no conozco tarea más importante y gratificante.”

Colega negro favorito: No se pierde ni una novela de Ian Rankin.

Henning Mankell

Suecia no es un paraíso

ELVIO E. GANDOLFO

Ilustración de Nira M. Leumas

A juzgar por el pesimista Henning Mankell, Suecia sigue cambiando para peor. En sus inhóspitos campos y purulentas ciudades, ubica *Pisando los talones* (Tusquets, 2004), última novela protagonizada por el otoñal inspector Wallander, adalid de una saga policial regada de asesinos en serie, suicidas y seres torturados. Occidente se mira en ellas como en un macabro espejo.



El 8 de enero de 1990, el inspector de policía Kurt Wallander se ha dormido escuchando ópera. No es su mejor momento: la esposa, Mona, lo ha abandonado hace tres meses; la hija, Linda, tiene diecinueve años, a los quince intentó suicidarse, y ahora se mueve como una molécula loca entre ciudades y países, viendo al padre muy de vez en cuando. Aun así, Wallander debe reconocer que en esos días tienen una buena relación. Su padre anciano, por último, pinta desde hace décadas un mismo cuadro (un "paisaje melancólico de otoño"), y muestra señales de demencia senil, o su nombre más moderno, alzheimer.

Pronto, sin embargo, Wallander tiene que volver a su oficio. Trabaja en la comisaría de Ystad, una ciudad mediana sueca, ubicada en el extremo sur de Suecia, la región conocida como Escania. Un crimen atroz e inexplicable (dos ancianos torturados y asesinados, la mujer por estrangulación), en la zona rural, lo saca de cualquier inercia: "De pronto estaba en marcha. Volvía a ser policía. La angustia que sentía por su hija y su esposa tendría que esperar. En aquel momento empezaba la laboriosa tarea de cazar al asesino". Wallander trabaja con un buen equipo de colaboradores. En esa ocasión son siete: "Ninguno era un amigo del alma. Pero estaban unidos".

Quando el nivel de brutalidad es excesivo, "el mal tiene que combatirse con el mal. Donde no hay justicia hay que crearla"

Así empieza *Asesinos sin rostro* (Tusquets, 2001), la primera de las nueve novelas protagonizadas por el inspector cuarentón, más tarde cincuentón, y escritas por el sueco Henning Mankell, que en poco más de una década se han convertido en éxitos fulminantes en varios países de Europa. En castellano, el sello Tusquets tradujo primero una de las últimas, *La quinta mujer*. Gracias a que el éxito se repitió (en un año y medio se vendieron 13 ediciones), ahora son cuatro los títulos disponibles, al agregarse *Asesinos sin rostro*, *Los perros de Riga* y *La falsa pista*. Una vez que los nueve libros puedan leerse en continuidad, lo que aparecerá será, por una parte, la vida de un personaje difícil de olvidar, justamente por tener tantos puntos de contacto con tantos lectores (sobre todo en sus temores y flaquezas). Y, por otra, un fresco detallado, tan pesimista como emocional, de una sociedad sueca que ha cambiado mucho y para peor, en opinión del inspector y de su autor. Tal vez sea ese crecimiento de la inseguridad y la violencia, pero también de la corrupción, el despiste ético y la falta de perspectivas, compartido por tantas ciudades de Occidente, otra de las claves del éxito de la serie.

La base de la solidez del ciclo es la calidad literaria de Mankell, hasta tal punto que se lo puede colocar junto a Simenon o Patricia Highsmith por la capacidad para pintar ambientes y psicologías, y la firme decisión de esquivar maniqueísmos o facilidades. Es, además, algo escaso: un excelente construc-

tor de tramas, alejado de las facilidades y lugares comunes tanto de la "novela enigma" como de la "serie negra".

Antes y después

Henning Mankell nació en 1947 en Estocolmo. Desde hace treinta años vive gran parte del año en Mozambique (África), donde dirige el teatro nacional. Primero la preocupación que los motivó y después el éxito de los libros del inspector Kurt Wallander lo obligaron a vivir más tiempo del año en Suecia. El caos que le pareció ver en Suecia al regresar después de años viviendo en Mozambique, al comienzo de los años 90, lo sacaron de "la torre" que lo había llevado a la lejana África, según él mismo reconoce: "Cuando era un autor muy joven, supe que necesitaba construirme una torre fuera de Europa. Como cuando eres un cazador, y construyes torres para observar cómo se mueven los animales. Supe que nunca entendería el mundo sin esa perspectiva. (...) Uno puede tener más de un hogar. Puedes llevar tus raíces contigo, y decidir dónde creces".

El aumento del crimen violento, la corrupción política, el mundo de los miles de inmigrantes nuevos o el despunte de las "milicias ciudadanas" que pretenden crear una justicia paralela son algunos de los temas que se entrecruzan en las novelas. Gran

parte de cada relato describe con minucia el prolijo, cansador, a veces frustrante trabajo de investigación; pero siempre sale al cruce del "caso" concreto y espectacular un hecho más amplio, social, espinoso. En *Asesinos sin rostro*, mientras Wallander trata de avanzar en el caso de los dos ancianos, se despliegan los temores, temas sin resolver y simple caos burocrático relacionado con la masa de inmigrantes, que alcanzan un pico cuando un africano es muerto de un tiro de escopeta a quemarropa en la calle.

En *La falsa pista*, un "asesino en serie auténticamente sueco", que les quita el cuero cabelludo a las víctimas, empieza a eliminar gente relacionada con las altas esferas y un círculo de corrupción de menores. Entretanto, la aparición de las milicias ciudadanas lleva al apaleamiento totalmente absurdo de un hombre. En realidad, los dos temas están relacionados, porque el asesino serial terminará siendo un criminal si no justificado, si al menos explicable. Algo semejante ocurre en *La quinta mujer*, donde el hilo social, esta vez oculto, es el de los soldados mercenarios.

La vulnerabilidad de niños y mujeres ante crueldades múltiples, empezando por la que ejercen los seres inmediatos (esposos, padres), ha ido creciendo en Mankell. Cuando el nivel de brutalidad y permisividad basada en el poder o el ocultamiento se vuelve excesivo, se puede llegar a la conclusión de

uno de los asesinos: "El mal tiene que combatirse con el mal. Donde no hay justicia, hay que crearla". En ese sentido, el final de *La quinta mujer* es muy complejo: el propio cuerpo policial "respeto" a quien debiera condenar. Por una parte, el organismo policial se ve asediado por decisiones que pueden recortar su capacidad de acción; por otra, percibe que parte del trabajo sucio lo realizan otros, en este caso una persona que parte de un lugar opuesto, pero llega a la estatura del "vengador anónimo" que interpretó Charles Bronson en una serie de películas exitosas. Aunque, como apunta uno de ellos, consciente del tamaño del problema: "Si se trata de alguien que apunta con dedo vengativo a hombres que han maltratado a mujeres, esto no va a acabar nunca".

Para Wallander y sus compañeros (tanto de Ystad como de las otras ciudades y comisarías) hay un antes y después claro, una divisoria de aguas cada vez más ancha y evidente en el último par de décadas. A menudo lo expresan con frases obvias: "A veces me pregunto qué está pasando en este país". En otras ocasiones son un poco más reflexivos: "La diferencia entre las ciudades grandes y las zonas rurales pronto se habrá borrado del todo. El crimen organizado es importante en Malmö (principal ciudad de Escania). Las fronteras abiertas y todos los transbordadores son como terrones de azúcar para la mafia". Y a veces las reflexiones de Wallander o de otro personaje son auténticos microensayos sobre la sociedad sueca, que van de novela en novela, mientras el mundo (y Suecia, dentro de él) se complica.

Hay que destacar, sin embargo, que Mankell rara vez "baja línea" o adopta una pose de predicador. Es un testigo implicado, y lleno de dudas. Además, cumple con requisitos fundamentales en una buena policial. No sólo los crímenes suelen ser atroces, sino además extraños, por sus características o por la condición de las víctimas. Aparte de los ancianos de *Asesinos sin rostro* están los dos cadáveres trajeados que aparecen en un bote salvavidas sin identificación en medio del mar (*Los perros de Riga*), o la adolescente que se inmoló con gasolina en un campo de colza y las víctimas del asesino serial "indígena" de *La falsa pista*. O, por último, un ornitólogo y poeta aislado y un criador de orquídeas de *La quinta mujer*.

La capacidad fuera de lo común de Mankell, dentro y fuera del género, reside en no quedarse en el valor de atracción sorprendente o espectacular de esos comienzos. Pronto la investigación, el trabajo policial, va destapando frascos no sólo en las vidas de las víctimas o en la del asesino, sino también en sus allegados, en personajes menores, en simples testigos. Y en los propios policías, además, que en proporción creciente van siendo mujeres. De cada uno de ellos, el lector recibe una idea precisa de su vida y sus grietas personales.

La tenaz Ann-Britt Höglund (dos hijos, una vecina que los cuida, un marido marino que parte en largos viajes) es en las últimas novelas una presencia femenina e investigadora que proporciona un modo de ver distinto. Considera a Wallander como un guía, así como él mismo veía a Rydberg, el único policía con más experiencia que él en la comisaría de Ystad, como su propio "sabio". En uno de esos golpes que Mankell propina con seguridad y pericia desde el primer libro, Rydberg muere de cáncer en *Asesinos sin rostro*.

En *La quinta mujer*, un dato clave es aportado cuando Mankell (contagiado por la presencia permanente de Ann-Britt) sospecha que el modo de acomodar las cosas en una valija, totalmente distinto en un hombre y una mujer, es crucial. Tanto como cuando ambos estaban vivos como en los diálogos internos que Wallander mantiene con el espíritu de Rydberg al preguntarse: "¿qué haría él?", los consejos no son complejos. Ante todo no rendirse nunca, después tener paciencia, ir juntando cada pieza y, sobre todo, ir armando la historia verdadera. También, en las conversaciones del pasado, los dos sentían que en el fondo el trabajo policial "consistía en poder interpretar los signos de los tiempos. Entender los cambios, interpretar los movimientos de una sociedad". Como recuerda Kurt Wallander en *La quinta mujer*, Rydberg además pensaba que "una investigación criminal es una especie de construcción. Todo hay que hacerlo en el orden adecuado para que funcione". Gran parte del suspenso de las novelas a veces con tensiones de auténtico "thriller" depende de errores y desvíos leves o graves, hasta volver al rumbo que va acercándose a la verdad.

El trabajo policial consistía en interpretar los signos de los tiempos, los cambios, los movimientos de una sociedad

La matización psicológica de cada nuevo dato puede ejemplificarse cuando Wallander define al criador de orquídeas de *La quinta mujer*: "Poeta y ultraconservador, observador de aves y partidario de la pena de muerte. Wallander se acordó del poema del escritor. En él, Holger Eriksson se lamentaba de que desapareciera un pájaro del país. Pero a los criminales había que ahorcarlos". O en el modo en que esta vez el propio Mankell define a un político resbaladizo, ya anciano, que acaba de ser entrevistado y no sabe que pronto va a morir, en *La falsa pista*: "Satisfecho, pensó que había evitado decir una sola verdad durante la entrevista. Ésa también era una de las pocas cosas que todavía le interesaban: engañar sin ser descubierto. Hacer ver y divulgar ilusiones. Después de tantos años como político había comprendido que lo único que quedaba era la mentira. La verdad disfrazada de mentira o la mentira encubierta de verdad. (...) A veces pensaba en sí mismo como en la imagen de un espejo cóncavo y convexo al mismo tiempo. (...) Nadie podía imaginar que era su propio doble. (...) Su secreto: odiaba y despreciaba el partido al que representaba, las opiniones que defendía y a la mayoría de las personas con las que se encontraba".

Autor y personaje

La relación de Henning Mankell con su personaje no es de extrema simpatía: "Él no me gusta demasiado", le dijo a un entrevistador de *The Guardian*: "Si el señor Wallander estuviera sentado en su silla, no creo que llegaríamos a ser buenos amigos". Pero el público ha hecho la asociación entre autor y personaje muy frecuente, desde

Sherlock Holmes en adelante: entre otras muestras de afecto, suelen escribirle cartas a Wallander como si fuera de carne y hueso.

Mankell matiza explicando lo que le gusta de él: "Acepta la responsabilidad, y eso es lo que me encanta. Se siente cansado por el trabajo excesivo. Pero si no lo hiciera, se sentiría peor, le dejaría un gran agujero negro en sí mismo. Creo que es de la generación calvinista, en el sentido de que se supone que tienes que trabajar y rezar, mientras sigues sudando. (...) Creo que mucha gente está luchando hoy por enfrentar las cosas: sienten que corren detrás de los omnibus que nunca alcanzarán. En ese sentido, es un hombre muy común".

En la fórmula básica y compleja de las novelas, el humor es un factor esencial. Y el propio Kurt Wallander aporta una buena dosis, tanto en su forma de ser como en el vía crucis que es su vida. Cuando aparece en *Los perros de Riga*, Wallander bosteza y se le disloca la mandíbula por un tirón muscular, tan cansado está, obligándolo a pegarse con los nudillos para aflojarlo. Tiene un auto que necesita reparación desde hace tiempo, mantiene una guerra perdida contra el exceso de peso, come hamburguesas o panchos mientras corre de un lado a otro tras los culpables, le cuesta acostumbrarse a tener una secretaria: "Si quería que se hiciera algo, lo hacía él mismo. Desde pequeño pensaba que era una mala costumbre. Sólo los ricos y superiores enviaban a otros a hacer el trabajo de a pie. No poder buscar la guía telefónica y marcar un número tú mismo era de una pereza injustificable". Y a veces no entiende muy bien qué siente: "No sabía si estaba indignado o cansado. Tal vez sólo tenía hambre".

Si Wallander es considerado no sólo por sus compañeros sino también por la gente, y sobre todo por los medios, como un buen policía, en cambio sabe reírse de los esfuerzos por dominar su propia vida. Acostumbrado a cortar la carne de vidas ajenas, no evita hacerlo con la propia: "Kurt Wallander", ironiza. "El policía patético. Con una vida familiar tan penosa". Lo fascina la insistencia de pintar siempre el mismo cuadro, y trata de hacer cálculos lógicos, pensando que a la altura de *Asestos sin rostro* ya lleva pintadas siete mil puestas de sol.

Sus intereses amorosos son tan frustrantes como lo demás de su vida privada. Aunque allí la culpa es compartida. En *Asestos sin rostro* fracasa estrepitosamente y verosímelmente tanto con su ex mujer demasiado reciente como en un intento de audacia con una nueva mujer: "¿Cómo se puede uno comportar de forma tan estúpida, joder?, pensó. Como un adolescente borracho, que nada sabe, sobre sí mismo, ni sobre las mujeres ni sobre el mundo". En *Los perros de Riga*, en cambio, es el propio Mankell quien no logra hacer creíble su enamoramiento y relación con Baiba Liepa, que seguirá siendo una figura de cartón en los libros siguientes. Allí parece no haber resuelto uno de los grandes enigmas de la novela policial: por qué un investigador de cualquier tipo tiene que seguir siendo básicamente un solitario. Ni la esposa callada y paciente de Maigret, ni la increíble esposa de Marlowe en el último libro de Chandler (*Playback*) ni, hasta hoy, Baiba y Kurt en los libros de Mankell alcanzan a ser la excepción. De hecho, la mujer que más respeta a Wallander y confía en él, más allá de lo puramente profesional, es una asesina que descubre en él un hombre "diferente de los otros, de los hombres que poblaban el mundo, estaba ensimismado, parecía dormir muy poco y sufrir de angus-

tia". Su hija Linda, su colega Ann-Britt y varias de las mujeres que se cruzan en las investigaciones se limitan a quererlo filialmente o a admirarlo profesionalmente.

Relato inacabado

En todo caso, las conclusiones que el lector puede sacar sobre la serie son por ahora transitorias. Es imposible saber, por ejemplo, si en las dos novelas que falta traducir, más allá de *La quinta mujer*, Baiba Liepa logra o no convertirse en un verdadero personaje. Allí, Wallander ya ha perdido a su padre, después de un maravilloso viaje juntos a Roma, donde ambos al fin se comprenden. Pero seguramente sigue rodeado de crímenes terribles, intrincados, que lo llevan a recorrer los entresijos de la sociedad y el paisaje suecos, donde admira el silencio, "nuestro verdadero oro".

En los cuatro libros ya traducidos, sólo *Los perros de Riga* resulta un paso en falso. Gran parte de su acción transcurre en Letonia, una ciudad recreada a partir de mapas y testimonios, presa de las convulsiones de cambio aportadas por la caída de la Unión Soviética. Allí, Wallander se siente fuera del agua, y Mankell, por desgracia, también. Todo adquiere el tono de una historia de traiciones y violencias de opereta, con pasillos, hoteles "filtrados" por los servicios de seguridad y puertas-trampa. En cambio, el comienzo en Suecia sigue teniendo el mismo sabor que los otros tres libros. Tampoco *Comedia infantil*, una fábula entre política y leyendaria ambientada en un pueblo de África, logra estar a la altura de las novelas del inspector (ahora comisario) Kurt Wallander. En castellano, la editorial Siruela ha difundido también dos libros juveniles: *El perro que corría hacia el atardecer* (2000) y *Las sombras crecen al atardecer* (2002). Pero son las novelas de Kurt Wallander sus mejores logros literarios. Las dos primeras andaban en los alrededores de las trescientas páginas. *La falsa pista* y *La quinta mujer* superan las cuatrocientas, la última casi llega a quinientas. Tanto la vida de Kurt Wallander como los casos que investiga hacen que Mankell pise el terreno que mejor conoce: una Escania fría, gris y ventosa, donde los habitantes y policías aman, sufren, se divierten o mueren. Formada en partes iguales por la información objetiva y la visión imaginaria, esa mezcla le da su peso literario de mundo autosuficiente, el sello climático y psicológico personal e inconfundible.

Parece no haber resuelto uno de los enigmas de la novela policial: por qué un investigador tiene que seguir siendo solitario

Henning Mankell comenzó a imaginar historias a los seis años, cuando su abuela le enseñó a leer y sobre todo escribir. Su madre lo abandonó a muy temprana edad, y el padre lo crió con gran afecto. Creció en una aldea sueca de los años 50, lejos de todo. Allí descubrió el valor de la escritura "cuando las fuerzas de la imaginación tienen el mismo valor que el mundo real, cuando son

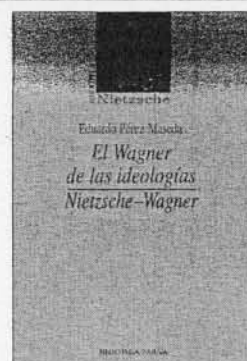
un instrumento de supervivencia: cuando mi madre desapareció, e imaginé una madre". En ese entonces tenía ocho años. Ese Mankell infantil y ya escritor es su modelo que seguir: "Sigo teniendo una foto de él en la pared. (...) Era yo en lo mejor de mí mismo".

Cuesta saber si la serie de Kurt Wallander llegará al mágico número diez. Quien lee en orden las novelas ya aparecidas ve crecer no sólo la complejidad sino también la sobrecarga de datos y experiencias negativas. "Se supone que iba a escribir mi décima novela de Wallander. Pero nunca la terminé, porque detesté demasiado lo que había en ella. La tiré, la quemé página por página. Me provocaba demasiado dolor. También tengo que pensar en el niño que llevo dentro".



Elvio E. Gandolfo (Argentina, 1947) es escritor. Ha publicado *Parece mentira*, *Boomerang* y *La reina de los nieves*. Es miembro de El País Cultural de Montevideo, donde se publicó originalmente este artículo.

NOVEDADES



El Wagner de las ideologías. Nietzsche-Wagner por EDUARDO PÉREZ MASEDA

El universo ideológico de Wagner y sus polidicas proyecciones no exclusivamente musicales (y, sin embargo, determinantes en la definitiva conformación musical y estética de su obra), el fenómeno único de un Nietzsche compositor que hace de la música el núcleo de su estética y el eje sensible de su propia existencia, así como la intensísima y compleja relación de ambos, trascendente del plano puramente personal, constituyen experiencias apasionantes y oscuras que en lo humano y lo artístico e intelectual no tienen un fácil parangón histórico. Tanto lo intelectual como lo "demasiado humano", parafraseando a Nietzsche, confluyen así en esta obra de Eduardo Pérez Maseda, proyectada años atrás al margen de su trabajo como compositor, en la que queda configurado un hecho incontrovertible: tanto Wagner como Nietzsche, desde la doble óptica (ideológica y musical) en que son aquí abordados, han trascendido ya hace mucho tiempo las fases de conocimiento e interpretación ligadas a lo "propio", o al ámbito cultural y sectorial próximo (ya sea éste exclusivamente musical o filosófico), para convertirse en uno de los grandes temas, un gran *pendant* de la cultura de Occidente y del pensamiento universal, motivo permanente de reflexión e inferencias.



BIBLIOTECA NUEVA
Almagro, 38 / 28010 Madrid
Teléfono (91) 310 04 36 / Fax (91) 319 82 35
editorial@bibliotecanueva.com

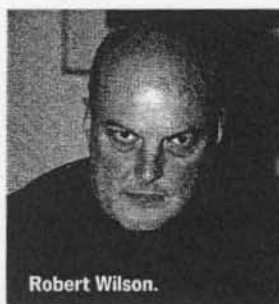
PREMIO NACIONAL
A LA MEJOR LABOR EDITORIAL, AÑO 2000

encuentro lleno de sexo que lo rejuvenece. La ciudad de Lisboa es tan protagonista como el propio Zé Coelho en su primera novela, una historia que se desarrolla en dos tiempos: una calurosa semana de junio de finales de los años 90 en la que Zé debe descubrir al asesino de una rubia adolescente hija de una rica familia lisboeta, y un período de tiempo que se dilata desde 1941 hasta nuestros días, pasando por algunos de los momentos fundamentales de la historia reciente de Portugal. A través de los ojos de este comisario, lleno de contradicciones y deseos, se descubren una ciudad y una sociedad en las que las heridas de la Revolución de los Claveles y la descolonización no están tan cerradas como parece.

DUROS DIVORCIADOS: KURT WALLANDER Y JOHN REBUS

Kurt Wallander (Henning Mankell) es comisario en la pequeña ciudad de Ystad en Escania, al sur de Suecia. Nació en Malmö, donde comenzó su carrera como policía de barrio.

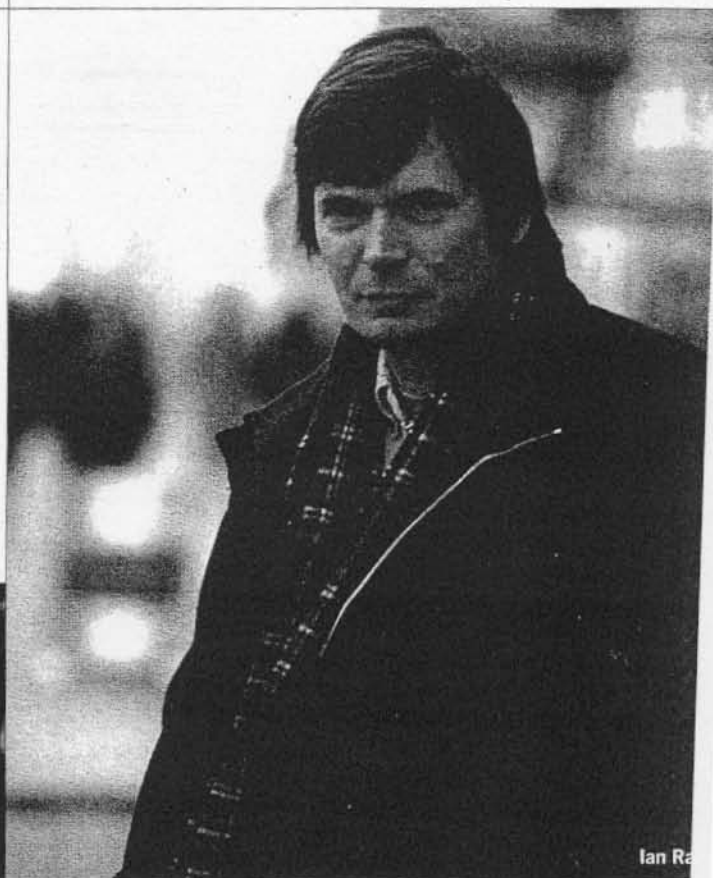
A los 23 años sufrió una agresión, con una herida en el pecho que casi lo mata. Poco después se casó con Mona. Al comienzo de su primera historia, *Asesinos sin rostro* (1991), tiene 42 años, Mona acaba de abandonarlo, su hija Linda de 19 años vive en Estocolmo y él está pasando una de sus peores épocas. Está solo, bebe mucho, come mal, duerme poco y ha engordado siete kilos. Las relaciones con su padre son tensas y difíciles. En la quinta novela de la serie, *La falsa pista* (1995), Wallander se va de viaje a Roma con su padre. En la sexta, *La quinta mujer* (1996), su padre muere poco después de volver de ese viaje. Sus relaciones con las mujeres son difíciles. En la segunda novela, *Los perros de Riga* (1992), Wallander conoce a Baiba, viuda de un policía letón que vive en Riga y de la que se enamora. Al final de la sexta novela, piensa que pueden llegar a casarse e incluso está dispuesto a comprar una casa y tener un perro. Wallander es un solitario en su vida privada, pero le gusta trabajar en equipo. Confía en su gente y sabe que puede sacar de ellos lo mejor que tienen. Algunos de sus subordinados lo acompañan desde el principio: Noren, Nyberg, Martinsson, Per Akesson, pero las dos mujeres policías importantes en su vida, Ann-Britt Höglund y Lisa Holgersson, entran en episodios posteriores. Tiene un gran amigo, Rydberg, que muere en el segundo libro. Es reservado, meticuloso, observador y reflexivo, aunque no desprecia pasar a la acción y meterse en alguna que otra pelea de la que no suele salir bien parado. Su única pasión es escuchar ópera. Wallander piensa que Suecia es un país tranquilo donde nunca pasa nada, pero los extraños asesinatos a los que se enfrenta en cada nuevo libro le demuestran que esto no es verdad: racismo, venganza, ambición, abusos sexuales, violencia de todo tipo afloran en las frías y heladas tierras de Escania que en verano se convierten en un auténtico horno. Los asesinatos que Wallander persigue nunca son unívocos, están llenos de matices, de zonas grises que los justifican de alguna manera y no siempre son ellos los malos de la historia. La sociedad masificada, despersonalizada e insolidaria es muchas veces la responsable de que estos seres marginados decidan tomarse la justicia por su cuenta. A través de él y sus contradicciones descubrimos una Suecia menos paradisiaca de lo que suele pensarse.



Robert Wilson.



Henning Mankell.



Ian Rankin.

John Rebus (Ian Rankin) es detective inspector de Policía en Edimburgo. Nació en un pueblo pequeño y se alistó en el Ejército muy joven como soldado en Irlanda del Norte, donde hizo cosas que no le gustaron. Abandonó el Ejército y entró en la Policía en Edimburgo. Se casó muy joven con Rhona y tuvo una hija, Sammy. Cuando comenzó sus aventuras en *Knots and Crosses* (1985), acaba de cumplir 40 años y es divorciado. Su mujer y su hija viven en Londres. En *El jardín de las sombras* (1998), Sammy vive con él en Edimburgo. Ya es una adulta y será una de las víctimas del confuso y enrevesado mundo en el que se ve envuelto John Rebus. Es temperamental y violento.

tiene dificultades para relacionarse con las mujeres, aunque tiene una ex novia llamada Patience Aitken que, como su nombre indica, tiene una enorme paciencia con él. Tampoco le resulta fácil a Rebus la disciplina ni las órdenes de sus superiores. De hecho, en una ocasión lo han desterrado a lo que él llama Fort Apache, una zona de la periferia de la ciudad. Sabemos muy poco de Rebus: su aspecto físico y de sus gustos personales. Conduce un viejo coche y tiene muy mala relación con la prensa. Aunque es un lobo solitario al que le gusta cazar sin compañía, tiene buenos amigos: Jack Morton, un ex policía que muere en *El jardín de las sombras*. Mantiene una extraña amistad con la detective Gil Templar, su superior en rango en Edimburgo como la palma de su mano, pero no le gusta Glasgow. Frecuenta un bar, el Oxford Bar de Young Street, donde suele tomar un whisky con agua, lo único que bebe desde que Jack Morton lo ayudó a dejar la bebida. Desde su aparición en 1985, ha protagonizado catorce novelas en las que su personaje se ha ido forjando poco a poco, pasando del esquemático de sus primeros casos a la complejidad de los últimos. Espe-